

simo y no deja elemento significativo de la obra sin explorar: el fragmentarismo de su composición, la creación de personajes, la alianza de naturalismo y modernismo en sus cuadros, la forma de representación del paisaje, los procedimientos imaginativos, la creación léxica, la arquitecturación afectiva de la frase, aspectos que logran situar la prosa lugoniana de *La Guerra Gaucha* en su exacta significación dentro de las direcciones del modernismo en la prosa: "Inventor prodigioso de palabras e imágenes, ha creado un nuevo idioma adecuado a las exigencias del tema. Precisamente en el señorío del lenguaje ha de encontrarse la contribución de Lugones a la prosa modernista" (p. 104).

Tres "Temas mexicanos" (estudios relacionados con López Velarde y González León, a quienes Phillips dedicó antes sendos libros) y "Dos notas sobre Borges" cierran las páginas de *Estudios y notas...* Los estudios sobre el escritor argentino son una exégesis del cuento *El Sur* y una exposición de su concepto de la metáfora.

Hemos dado cuenta prolija de algunos aspectos del nuevo libro de Allen W. Phillips para destacar el relieve de su obra dentro del grupo, creciente en los Estados Unidos, de quienes estudian las letras de Hispanoamérica. Phillips, en tiempo de juventud, exhibe categorías que cimentan esperanza sólida: ésa de los frutos ciertos.

JUAN LOVELUCK

<https://doi.org/10.29393/At411-10MSAL10010>

Motivos de San Francisco, de GABRIELA MISTRAL. Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1965*

Mientras están a punto de editarse los versos póstumos de Gabriela, preparados por Doris Dana, tratemos de alegrarnos con la reciente aparición de *Motivos de San Francisco*, poemas en prosa, reunidos en un volumen digno.

Contemplemos con gozo la presente selección, a cargo de César Díaz-Muñoz Cortmarches. Pero también con ira. Los problemas de textos, registrados al comparar las publicaciones que se conocen de esas páginas, provocan pérdidas de calidad y significado, en muchos párrafos, por varias especies de deterioro, al margen de las erratas. Cubramos estas pobrezaas con una noticia del prólogo: hay una versión definitiva de la obra, corregida por la autora.

A pesar de las alteraciones, recogemos la visión poética de Gabriela, bien palpable: Francisco de Asís es el instrumento lírico de su mundo creado en las palabras, en él pulsa el canto de su conciencia cabal de la naturaleza, absoluta en la individuación de cada cosa, y de ámbito cósmico por la participación plena y de cada instante que ella manifiesta.

*Gabriela Mistral, *Motivos de San Francisco*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1965.

Como ama a su personaje, lo va configurando de una manera que mejor mostramos antes de calificarla. Lo describe así:

Su cuerpo, "dicen que de fino parecía que pudiera dispersarlo el viento". "Apenas echaba sombra el probrecillo" (43). Y "crepitaba" (44). "Los cabellos de San Francisco eran no más que un vientecillo en las sienes" (47). Los ojos "estaban como la hondura de la flor" (55). Su hablar "se deslizaba invisible por los oídos de los hombres" (59). Los pies "por el color se parecían a aquellas hojas del álamo que el otoño hace transparentes y sonrosa en las puntas, y por lo ágiles, eran como si también tuvieran pecíolos como una hoja" (63).

El sol "te traspasaba como a las hojas delgadas" (76). Y en un texto que sólo figura en *Páginas en Prosa*, edición de José Pereira Rodríguez, por el cuerpo "pudiste andar como encantado, bajo el velo inefable de la luz, y sentir al hermano viento atravesarte..."

Sería fácil opinar que se han mostrado cualidades seráficas, según el viejo apelativo del santo. Error grave. Los ángeles no tienen huesos ni carne como el cuerpo que contemplamos. Lo vemos sólido, aunque sin la suficiente impenetrabilidad de la materia, común a todos los mortales, y un no sé qué de intangible. En nuestra manera de entender, Gabriela lo muestra con particularidades propias de los cuerpos gloriosos, en el estado de resurrección de la carne.

Esta imagen de Francisco va siendo comunicada desde un trasfondo de esa maternidad que unifica todas las cosas; y con un tono, a veces, a lo doña Teresa, cuando la santa miraba como medio fraile a Juan de la Cruz, su camarada de reformas en Dios. En su entusiasmo, la Mistral se lo hace hijo, lo vuelve niño, no sin un dejo de chochería campesina (81). Culmina su imagen poética de tan inmenso personaje, cuando empieza a verlo en todas las cosas: con ansias cósmicas lo vive padre de la tierra y creador de innumerables perfecciones naturales, las más sutilísimas (82), hasta llenar con su presencia todo el universo: "Y cuando la laguna se riza sin viento, ¿no vas tú pasando con tu sayal largo sobre ella? Las embarcaciones de la orilla se juntan, chocándose como si se lo contaran".

Dice Pereira Rodríguez que Gabriela escribió los *Motivos*, contemplando el Lago Chapala, en México. No anduvo por Chile el santo.

El lenguaje de estos poemas ofrece un incesante contacto con la naturaleza, típicamente mistraliano. El sentido general que se divisa en ese encuentro de palabra y tierra es la religación continua de la persona con los reinos del animal, de la planta y de la piedra. Por esto no debe sorprender que algunas imágenes tomen la figura de Francisco y lo identifiquen con una yerba, como la llamada carricillo; en esas ansias de comunión universal, el mundo mismo lo ve ella con una ingravidez tal que, a nuestro juicio, recupera la inaudita etimología de la palabra mundo; éste aparecerá como corola, y el santo en los bordes de esa pureza esencial que es la tierra, "no quería pesarle más que la abeja libadora" (44).

Esta imagen de insecto podría disgustar a más de algún devoto; a la

luz de los versos de Gabriela, vemos que lo importante ahí no es la abeja sino el gesto. Y ése de succionar el mundo es el mundo más auténtico de riqueza espiritual laica, religándose el hombre a los reinos terrestres, por absorción de la naturaleza entera. No anda la Mistral viendo a Dios en las criaturas, como le sucedería al santo; en su lectura continuada de las cosas, procede según el orden de la tierra, y de este modo seguirá contemplando, a través de este libro, el alma como una hoja, al Cristo como gota de miel, las mujeres como flores; el corazón es una pradera; el pasado, corteza seca; la debilidad, una caña; y en los cabellos hay un dorado de césped; en las aguas, canciones; en las caricias, una leche invisible. Hasta para hablar de la vida interior, en los religiosos, comparará con la tierra misma, por sus "zonas dichosas y mantos de seca lava" (43).

Otros asuntos muy propios de la actitud poética de Gabriela Mistral, se encuentran en estos *Motivos*. Baste citar su sentido del nombre, la esencial ternura, sus ideas del canto, del ritmo, el tema de la copa, la memoria divina y muchos más. Y no hablemos de su peculiar sintaxis, con su chilenuísimo "no más".

Sería impresionante mostrar cómo Gabriela —del mismo modo que cualquier poeta moderno— transfigura viejos tópicos literarios; por caso, el canto que detiene o cambia un ambiente: "Esa voz de San Francisco hacía volverse el paisaje sobre él, como un semblante; apresuraba de amor la savia en los árboles y hacía aflojarse de dulzura su abullonado a la rosa" (59).

Mucho más habría que anotar en estos *Motivos*. Algún día, cuando se conozca toda la prosa dispersa de Gabriela, tendremos sorpresas inauditas, para que lleguemos a admirar en ella al poeta más universal de nuestro mundo sudamericano, con una gravitación de espíritu, capaz de engendrar un nuevo entendimiento de las cosas.

ALFREDO LEFEBVRE

La nueva tierra. Teilhard de Chardin y el cristianismo en el mundo moderno, de Ignace Lepp. Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires

Este escritor francés es un cristiano convertido. Antes fue comunista. Su experiencia vital ha venido a ser de este modo más completa. De profesión, psicólogo. Conoce bien las miserias humanas. El sabe lo que hay en el hombre y lo que Dios quiere del hombre.

Varios libros suyos van apareciendo en español, en las ediciones Lohlé. Los espacios iluminados de sus páginas enseñan a poseer la vida. En ellas domina el sentido de lo absoluto, una conciencia decisiva de lo auténtico y visión cósmica de la fe. Su mayor gloria literaria es su independencia de criterio y la libertad completa para juzgar ideas, personas y situaciones, discriminar errores y prejuicios. El no usa el catolicismo como arma de seguri-